



Pablo de Marinis (Coordinador)

# Exploraciones en teoría social

Ensayos de imaginación  
metodológica

Fermín Álvarez Ruiz | Daniel Alvaro | Alejandro  
Bialakowsky | Ana Blanco | Pablo de Marinis | Eugenia  
Fraga | Ana Grondona | Victoria Haidar | Mariano Sasín |  
Emiliano Torterola | Juan Ignacio Trovero



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
**GINO GERMANI**  
Facultad de Ciencias Sociales  
Universidad de Buenos Aires







**EXPLORACIONES  
EN TEORÍA SOCIAL**

Marinis, Pablo de

Exploraciones en teoría social : ensayos de imaginación metodológica / Pablo de Marinis. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Universidad de Buenos Aires. Instituto de Investigaciones Gino Germani - UBA, 2019.

Libro digital, PDF - (Colección IIGG-CLACSO)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-29-1819-8

1. Teoría Social. I. Título.

CDD 300.1

Otros descriptores asignados por la Biblioteca virtual de CLACSO:

Teoría Social / Pensamiento Crítico / Sociología / Universidad /

Discursos / Metodología de la investigación / Pensamiento

Decolonial / Contexto / Investigación / America Latina

Esta publicación ha sido sometida al proceso de referato bajo el método de doble ciego. Asimismo fue realizada en el marco del Proyecto UBACyT (2016), Código: 20020150100001BA.: "Sociología de las masas. Un análisis de textos claves sobre la problemática de las masas desde la perspectiva de la simultaneidad (1890-1970):

COLECCIÓN IIGG-CLACSO

# EXPLORACIONES EN TEORÍA SOCIAL

ENSAYOS DE IMAGINACIÓN  
METODOLÓGICA

**Pablo de Marinis**

(Coordinador)

**Fermín Álvarez Ruiz, Daniel Alvaro,  
Alejandro Bialakowsky, Ana Blanco,  
Pablo de Marinis, Eugenia Fraga,  
Ana Grondona, Victoria Haidar, Mariano Sasín,  
Emiliano Torterola, Juan Ignacio Trovero**



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
**GINO GERMANI**  
Facultad de Ciencias Sociales  
Universidad de Buenos Aires



## Colección IIGG-CLACSO

**Martín Unzué** - Director

**Carolina De Volder** - Coordinadora del Centro de Documentación e Información

**Rafael Blanco, Daniel Jones, Alejandro Kaufman, Paula Miguel, Susana Murillo, Luciano Nosetto, Facundo Solanas, Melina Vazquez** - Comité Editor

**Sabrina González** - Coordinación técnica



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
**GINO GERMANI**  
Facultad de Ciencias Sociales  
Universidad de Buenos Aires

**Instituto de Investigaciones Gino Germani**

**Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires**

Pte. J.E. Uriburu 950, 6º piso - C1114AAB Ciudad de Buenos Aires, Argentina [www.iigg.sociales.uba.ar](http://www.iigg.sociales.uba.ar)



## CLACSO

Consejo Latinoamericano  
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano  
de Ciências Sociais

### CLACSO - Secretaría Ejecutiva

**Karina Batthyány** - Secretaria Ejecutiva

**Nicolás Arata** - Director de Formación y Producción Editorial

**Lucas Sablich** - Coordinador Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES  
CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a [www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana](http://www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana)

ISBN 978-950-29-1819-8

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

**Corrección de estilo** - Ezequiel Acuña y Fabiana Blanco

**Diseño de tapa e interiores** - Fluxus estudio

**Ilustración de tapa** - María Gil Araujo

### CLACSO

**Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais**

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | [clacso@clacsoinst.edu.ar](mailto:clacso@clacsoinst.edu.ar) | [www.clacso.org](http://www.clacso.org)

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional  **Asdi**



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercialCompartirIgual 4.0 Internacional.

# ÍNDICE

Introducción: sobre teoría/s, método/s y los juegos que se juegan en este libro <i>Pablo de Marinis</i> .....	9
Hacia una crítica de la totalidad eurocéntrica como fundamento para estudios de teoría social de (y desde) el sur <i>Fermín Álvarez Ruiz</i> .....	29
Deconstrucción de la sociología. Una tentativa metodológica <i>Daniel Alvaro</i> .....	69
Multitudes y “estilos fundacionales”. Una lectura en simultáneo de textos del Sur y del Norte <i>Alejandro Bialakowsky y Ana Blanco</i> .....	89
Sobre colectivos y estilos de pensamiento, textos y contextos (y una nueva ronda de análisis sobre las semánticas sociológicas de la comunidad) <i>Pablo de Marinis</i> .....	151

La “teorización sensibilizadora”: humanismo, crítica e intervención en las ciencias sociales. Un estudio metaforológico <i>Eugenia Fraga</i> .....	197
¿Qué es el contexto? Reflexiones a partir del análisis materialista de los discursos <i>Ana Grondona</i> .....	227
Entre la formulación de problematizaciones y la organización de <i>corpus</i> . Herramientas para escribir las historias del presente <i>Victoria Haidar</i> .....	269
Investigación teórica, semántica y comunicación. El lugar de lo masivo en la teoría de los sistemas sociales autopoieticos (Un ejercicio de aplicación) <i>Mariano Sasín</i> .....	305
Para un análisis metateórico de las redes conceptuales. Contribuciones al Paradigma Sociológico Integrado y la teoría del público en la sociológica clásica <i>Emiliano Torterola</i> .....	341
De la teoría a la teorización. Algunos aportes para el trabajo en/con teoría en sociología <i>Juan Ignacio Trovero</i> .....	379
Sobre las autoras y autores.....	411

Eugenia Fraga

# **LA “TEORIZACIÓN SENSIBILIZADORA”: HUMANISMO, CRÍTICA E INTERVENCIÓN EN LAS CIENCIAS SOCIALES**

**UN ESTUDIO METAFOROLÓGICO**

## **INTRODUCCIÓN**

Edward Albert Shils (1910-1995) fue un sociólogo estadounidense de la segunda mitad del siglo XX. Su formación original fue en literatura, y el sesgo “humanista” que esta le imprimió a su pensamiento sobre lo social puede apreciarse a lo largo de su obra, de manera implícita pero también de forma explícita. El poco reconocimiento que el autor tiene en la actualidad se debe en gran parte a haber sido por un tiempo colaborador de Talcott Parsons (Parsons y Shils, 1962). Sin embargo, sus comienzos en la sociología fueron como asistente de Louis Wirth (1964), una de las figuras más relevantes de la llamada Escuela de Chicago –ubicada por la historia intelectual en las antípodas de Parsons–. Shils trabajó durante toda su vida en la Universidad de Chicago, institución cuya tradicional “preocupación por el problema social”, como él mismo la llamaba, apareció siempre en las investigaciones shilseanas. Durante su vida, llegó ser conocido –no solo en Chicago y en la Universidad de Cambridge en Inglaterra, sino también en diversas universidades de Europa continental– como profesor de sociología, pero también de historia de la ciencia, de antropología social, de filosofía social y de literatura, es decir que, de un modo muy acorde a sus propios postulados –como veremos en lo que sigue–, Shils manejaba un amplio espectro de conocimiento que le permitía tener una

mirada de conjunto sobre los distintos aspectos del ser humano y de la sociedad. En este mismo sentido que hace a su influencia internacional, recibió como profesor visitante a Raymond Aron (2011), sociólogo francés, y además fue fundador en 1962 y editor durante la mayor parte de su carrera de la importante revista *Minerva*, dedicada a la investigación, la educación avanzada y la política científica, y que continuó en vigencia hasta 2014. Por último, cabe destacar que Shils había sido especialista de las teorías de Max Weber (2012), por cuyo interés se adentró en la sociología en primer lugar, así como de las teorías de Karl Mannheim (1936), de cuyas obras fue traductor.<sup>1</sup> Es precisamente de la lectura de estos dos últimos pensadores que partió el interés de Shils por la reflexión en torno al conocimiento y al rol de los intelectuales, temas en los que profundizaremos a continuación<sup>2</sup> (Bulmer, 1996; Eisenstadt, 1997; Grosby, 2006; Turner, 2002).

¿Qué es la teoría sociológica? ¿Cómo se trabaja teóricamente en sociología? ¿Por qué y para qué se teoriza sociológicamente? Shils resolvió estas preguntas de un modo muy particular, y el presente capítulo busca recuperar el aporte que su respuesta supuso. Realizaremos esta tarea con una triple intención o propósito. Por un lado, en un plano que podemos llamar de “historia sociológica”, pretendemos traer del olvido a un autor poco difundido, pero con una obra original. Por otro, en un segundo plano que podríamos denominar propiamente de “teoría sociológica”, pretendemos explicitar una modalidad particular de trabajo teórico que, creemos, puede resultar productiva para tener en cuenta aun en el presente. Y por último, en un tercer plano que nos gustaría llamar de “política sociológica”, intentaremos contribuir de la mano de las herramientas aquí trabajadas con los pocos pero conscientes intentos recientes de devolver el valor que la reflexión teórica en la sociología merece –y no siempre se le asigna– en la actualidad.<sup>3</sup>

Para alcanzar este triple cometido, deberemos profundizar en una serie de temas. Veremos cómo, según Shils, la sociología es una más de las disciplinas humanas, por el papel que juegan en ella las

---

1 En realidad, Shils también fue el primer traductor –en colaboración con Parsons, y en simultáneo a Charles Wright Mills y Hans Gerth– de los textos de Weber del alemán al inglés, ya en la década de 1930.

2 Para Stephen Warner, los temas en los que incursionó Shils a lo largo de toda su obra pueden incluso pensarse como un *mix* entre sociología y política, o como una “sociología política” de cuño propio (Warner, 1966).

3 Acerca del debate actual en torno a la relevancia de la investigación básica en general y de las ciencias sociales en particular, especialmente en el caso de la Argentina, ver lo planteado en los capítulos de Haidar y Sasín en este mismo volumen. Ver también las conclusiones de este capítulo.

tradiciones de pensamiento heredadas, la empatía y la sensibilidad, la apertura y la creatividad, la oposición y la crítica a las instancias de poder, las relaciones entre centros y periferias simbólicas, los diagnósticos de época, y la intervención y el debate en el seno de la opinión pública. Una vez revisados todos estos elementos por medio del análisis de sus obras más importantes –sobre todo *El llamado de la sociología* (1961), “Tradicición, ecología e institución en la historia de la sociología” (1970), “La búsqueda de conocimiento y la preocupación por el bien común” (1976), “La confluencia de tradiciones sociológicas” (1977), y *La ética académica* (1982), pero también con referencias a “Ciencia social y política social” (1942), “Investigación social y autonomía de la esfera privada” (1957), *Centro y periferia* (1961), “La legitimidad de la investigación social” (1980), “Aprendizaje y liberalismo” (1980), y “La tradición y las generaciones” (1983)–,<sup>4</sup> trazaremos un bosquejo de lo que nos gustaría denominar “teorización sensibilizadora”, que puede considerarse el producto sistematizado de los diversos aportes shilseanos a una original “metodología de trabajo teórico” para la sociología.

### **MODO DE ABORDAJE**

Cabe destacar, antes de empezar, que el análisis que haremos de la obra de Shils girará en torno a ciertas “metáforas” que el autor utiliza con mucha frecuencia a lo largo de todos sus textos, y en particular de la que aquí más nos interesa: la de teoría. Ello va en la dirección de captar la complejidad de la significación de la experiencia vital humana, así como de poner de relieve el lugar de la imaginación y la creatividad en la construcción del discurso sobre lo social. En las conclusiones del trabajo, profundizaremos en los efectos que su uso adquiere en el caso particular del autor. Pero antes, queremos decir algunas palabras acerca de la productividad del análisis del uso de metáforas en la construcción del pensamiento humano. Nos apoyamos aquí en la propuesta de Hans Blumenberg (1998) de una “metaforología”, puesto que, en su opinión, las metáforas permiten generar un lenguaje y una lógica con fuerzas propias, que trascienden, por su forma expresiva, la racionalización típica de la mera definición o conceptualización lineal. En su libro *Conceptos en historias*, Blumenberg se inscribe en un paradigma con muchos puntos de contacto con el

---

4 No es mucha la bibliografía de Shils disponible en castellano, por lo cual hemos trabajado sobre los originales en inglés. Todas las traducciones que se encuentran a continuación son propias. Incluso hemos traducido los títulos de los libros y artículos trabajados, para mayor legibilidad -para ver los títulos originales en inglés, revisar la bibliografía al final del capítulo-.

de la quizás más famosa “historia conceptual” de Reinhart Koselleck (2012), pero agregándole ciertos ingredientes específicos.<sup>5</sup>

Blumenberg propone una explicación del “nacimiento de los conceptos” precisamente a partir de una metáfora, en este caso la fotográfica. En su opinión, los conceptos, como las fotografías, funcionan con una lógica de “primero nada y luego algo –y algo sólo porque antes se había procurado la luz–”, es decir, tanto los conceptos como las fotos emergen en contextos de “oscuridad” –podríamos decir, de opacidad, del caos de la experiencia aún no conceptualizada–, siendo sin embargo la luz la “condición más importante” –y luz refiere aquí a la capacidad teórica de los hombres,<sup>6</sup> pues ella ilumina aquella opacidad–. En este sentido metafórico, puede decirse que los conceptos son “creados” por los hombres como en una “cámara oscura” de revelado (Blumenberg, 1998: 28). Sin esta creación conceptual, “al hombre, el mundo le desconcertaría sin remedio”, “se encontraría perdido en la jungla del ser”, “en el absolutismo de la pura sorpresa; pero ni siquiera, porque la sorpresa supone una cierta regularidad, una cierta capacidad de ordenación de propiedades y características, de similitudes y expectativas” (p. 37). De algún modo, no puede pensarse la vida humana, ni siquiera un plano puramente histórico-experiencial, por fuera de su propia conceptualización teórica.

Ahora bien, a diferencia de lo que podría interpretar una lectura apresurada, estas disquisiciones no se reducen a una cuestión de “teoría del conocimiento”, sino que penetran en las cuestiones últimas de la vida humana. Sin esta capacidad conceptual creadora-ordenadora, no existirían experiencias tan fundamentales como la “memoria” o el “reconocimiento”. De hecho, afirma Blumenberg, “sobrevivir sería cosa de suerte” –y suerte, como sabemos, es otro modo de decir ley de la selva, del más fuerte–. Es que la capacidad teórica, en un sentido fuerte, es lo que distingue al hombre del animal. Por otro lado, no debe reducirse dicha capacidad, en cuanto creadora-ordenadora, a su dimensión pura-

---

5 Así señala Koselleck mismo (2012: 201) que “Hans Blumenberg nos ha mostrado cómo [...] existen ‘metáforas absolutas’ que no pueden racionalizarse ni expresarse mediante ninguna definición o conceptualización. Generan su propia fuerza y lógica lingüística”.

6 Tanto Blumenberg como Shils –y en realidad todos los autores de aquella época– utilizan el vocablo “hombre(s)” para referir al “ser humano” en general, o a lo que desde otras teorías conocemos como el “ser genérico”. Actualmente la idea del “hombre” ha sido puesta en cuestión por el choque entre su pretensión universalista y su origen y sesgo particularistas de género, específicamente machistas. Sin embargo, como estamos trabajando de cerca con los textos históricos de los autores, preferimos mantener el vocabulario original, aunque sin dejar de hacer esta salvedad respecto de su falta de actualidad y de la necesidad de su puesta en discusión para consensuar una palabra que la reemplace.

mente ordenadora –y con ello, podrían sugerir algunos, reaccionaria–: la capacidad teórica es primeramente creadora, pues pone de relieve la “contingencia de lo no contingente”, es decir, el hecho de que todo orden social es, precisamente, social, y por ello modificable (p. 38). Así, la “razón” presenta una doble habilidad: la de instituir ordenamientos, pero también la de criticarlos, de allí que la crítica a la razón no puede hacerse sino por medio de la razón misma (p. 61).

Por supuesto, sería deseable, como sostiene Blumenberg –y como veremos que también afirma Shils–, que los conceptos no pierdan su conexión con la vivencia humana, que es la que les otorga su plenitud; pero el meollo del problema es que, justamente, nociones como la de vivencia, plenitud o intuición ya son de por sí conceptos (p. 87).<sup>7</sup> En este sentido, no hay una experiencia originaria, primera, pura, que luego es conceptualizada o teorizada, sino que la humanidad misma solo deviene tal a partir del punto en que ambas dimensiones operan a la par. Pero permanece al menos la pretensión, puesto que, aun si “la teoría procede del asombro” frente al mundo, ese “comienzo no determina el modo de su duración” (p. 129); para decirlo en otros términos, es necesario atender a las “asociaciones imaginativas” contenidas en los conceptos, así como a su “revitalización” por parte de la “frescura” que le aportan las metáforas (pp. 121-122). Más concretamente, la labor misma del teórico funciona de hecho produciendo sus “hallazgos” más relevantes allí donde “advierde huecos”, distancias entre aquello que los conceptos “prometían” y aquello que efectivamente cumplen; y esos huecos no pueden captarse sino por medio de una “parateoría”, de otra teoría, de más teoría (pp. 138-139). En este sentido, también el “malestar” es el nombre de aquella “menesterosa indeterminación conceptual”, de la incapacidad de dar un nombre satisfactorio a una experiencia dada, o de que los nombres existentes no generen experiencias satisfactorias; por ello, ese malestar es también parte del “origen de la teoría” (p. 193).

Así, la creación conceptual está siempre precedida de “una pequeña o gran catástrofe” que puede ser histórica o teórica. En el último caso, una catástrofe teórica tiene que ver con el “escándalo” que producen las “desviaciones” –y toda innovación podría ser leída así– respecto de los modelos conceptuales dominantes y sus intentos de perpetuarse rígidamente.<sup>8</sup> Sin embargo, frente a esto, es siempre al-

---

7 Este impulso a la vez “fenomenológico”, “existencialista”, “crítico” y “pragmatista” de conectar teoría y vida, como veremos, estará presente de distintos modos en la propuesta de Shils.

8 En este sentido, Blumenberg (1998: 186) traza una distinción entre “textos sagrados” y “textos estéticos”: mientras que los primeros son directamente “oscuros” –os-

guna otra –nueva o vieja– “red teórica” la que puede llegar a evitar las subsiguientes “caídas” (p. 204). Del mismo, modo, afirma el autor, “es falso que primero exista el fenómeno y luego se invente el nombre”; de hecho, si buceamos en la historia, veremos que “‘dar con el nombre’ aceleró enormemente la consolidación del fenómeno” (p. 264). Pero surge aquí la duda respecto a qué es una teoría, qué es un concepto, qué es una definición. Según Blumenberg, la definición misma, entendida como mera “regla para sustituir una palabra”, es una “infravaloración” de las capacidades reales de los conceptos, de las teorías y de las definiciones mismas, porque al concebirla así se la reduce a una “tautología”, a una repetición de algo preexistente. Las definiciones, en cambio, y en su sentido más sustantivo, debieran ser entendidas como “obras de arte”, en el sentido de que deberían producir el mundo en lugar de reproducirlo. Y así, este escrito no trata tanto acerca de alguna definición de lo que es una teoría, sino que su concepto será más bien puesto en escena a partir de imágenes, de problemas, o como diría Blumenberg, de la “libre variación” sobre ellas, forma de hacer emerger su “núcleo duro”, su “destilado”, su “reducción a lo esencial” a partir de un “largo proceso de optimización” (pp. 175 y 281). El paradigma de este proceso es el análisis de metáforas, puesto que ellas “ponen en juego” ciertos “estratos fundamentales” de aquello que se busca transmitir (p. 116); esto es lo que habremos de analizar en los apartados que siguen.<sup>9</sup>

## LA TEORÍA COMO SEMILLA Y COMO REVELACIÓN. LA TEORÍA COMO MIRADA Y COMO MAPA

En *El llamado de la sociología*, publicado en 1961, Shils muestra las relaciones que a su juicio deberían unir esas instancias o niveles constituyentes de la sociología conocidos como “teoría” y “empiría”, utilizando para ello una de sus numerosas metáforas.<sup>10</sup> Para él, la teoría es la “semilla” de la sociología, en ella se contienen potencialmente todos sus elementos, pero la semilla debe beneficiarse con la

---

curidad que se encuentra “al servicio de su función: impedir nuevas preguntas”-, los segundos requieren de cierta claridad, aunque ella no excluya cierto nivel inevitable de “ambigüedad” –puesto que no existe algo así como un texto prístino, absolutamente autoconsciente tanto respecto de sus condiciones como de sus intenciones y de sus efectos–.

9 Justamente, la “diferencia lógica” entre los conceptos y las metáforas es que mientras los primeros mantienen alguna pretensión de “verdad”, las segundas buscan en cambio la “verosimilitud” (Blumenberg, 1998: 298).

10 Para otros dos análisis alternativos acerca de la relación entre teoría y empiría, ver los capítulos de Trovero y de Sasín en este mismo volumen, el primero en el marco de la tradición pragmatista, y el segundo en el marco de la tradición sistémica.

“fertilización” de la investigación empírica para enriquecerse y florecer (Shils, 1965: 1407). Esta metáfora muestra el carácter impersonal de la teoría sociológica entendida como construcción abstracta pero aun así fundada en la experiencia humana: ningún hombre o mujer podría por sí mismo/a adquirir el volumen de “experiencia vital” total de la que se quiere dar cuenta, para luego representarla de manera sistemática.<sup>11</sup> En “La búsqueda del conocimiento y la preocupación por el bien común”, de 1976, Shils afirma que toda proposición teórica es “tentativa”, puesto que se basa en “interpretaciones” variables de las diversas experiencias humanas, y que por ello es indispensable tanto el análisis de dichas proposiciones como el “auto-análisis”. La teoría es siempre tentativa porque se construye, en cierta medida, a partir de la imaginación.<sup>12</sup> En sus propias palabras, “ninguna ciencia, ninguna disciplina intelectual, por más rigurosos que sean sus métodos, por más confiables que sean sus instrumentos, por más precisa que sea su teoría, puede dejar de lado la imaginación” (Shils, 1976a; 1980: 413-415).<sup>13</sup>

La teoría, entonces, solo puede ser el producto en continuo devenir del ser humano como entidad colectiva, a lo largo y ancho de la tierra y de la historia, al abstraer este mentalmente la “experiencia de primera mano” y al “contrastar” dicha abstracción simultáneamente con esa misma experiencia. Este es el “efluvio perceptivo” que nutre la orientación de la producción teórica, es el “contacto consensual pleno” que va tomando la forma primero de “saber inarticulado” y, crecientemente, de teoría sistemática (p. 1431). Y aclara rápidamente el autor, sistematizar –es decir, “codificar”, “rutinizar”, volver “afinado”, “confiable” y “riguroso”– el análisis sociológico no implica de ningún modo dejar de lado su elemento “humano”. De hecho, llega a afirmar Shils, las más fundamentales categorías<sup>14</sup> y variables suelen

---

11 La categoría de “experiencia” es central en Shils, como iremos viendo. En nuestra opinión, y como tendremos tiempo de ir demostrando a lo largo del capítulo, es entendida en un sentido complejo que combina una herencia pragmatista anglosajona, relativa a la idea de una experiencia mental o cognitiva; una herencia fenomenológica alemana, relativa a la idea de una experiencia intersubjetiva o afectiva; y una herencia existencialista, derivada de la anterior, relativa a la idea de una experiencia de comunión o trascendente.

12 Esta postura acerca al autor a las preocupaciones de un contemporáneo suyo, que hizo de la imaginación el centro de la sociología: Wright Mills (2003).

13 Al respecto ver también Shils, 1970; 1980: 188, donde se utiliza la noción de “imaginación teórica”.

14 Como bien explica Hans Adriaansens, sistema categorial y marco referencial son los dos elementos fundamentales del “aspecto conceptual” del concepto de “teoría” manejado por Parsons y Shils (Adriaansens, 1980: 13). Por otro lado, según Greg

ser aprehendidas mediante una suerte de “revelación secular” de la experiencia vital. En *Hacia una teoría general de la acción*, de 1952, Shils y Parsons hablan del “sistema categorial” como un sistema de conceptos sintetizados en función de un “marco de referencia” y que, a la vez, supone una elaboración o especificación de este último (Parsons y Shils, 1962: 3-4 y 50-51). Los términos centrales de toda teoría deben en este sentido ser “originarios”, puesto que son “visiones” creadas en la vida interpersonal, la más profunda de las realidades humanas (Shils, 1965: 1448).

Este modo de funcionamiento de la “teorización”<sup>15</sup> implica que siempre habrá partes inarticuladas o aún no sistematizadas de ese saber, y por ende también cierta “brecha” entre la teoría y la observación empírica. Pero aceptar este hecho no debe llevar, según Shils, a quedarse de brazos cruzados, sino todo lo contrario, debe inducir a redoblar los “esfuerzos articulatorios” y “sistematizantes”. Mientras tanto, todo este conjunto de vivencias, impresiones, saberes, categorías y procesos de abstracción conforman lo que el autor denomina la “orientación general” de la sociología, o también, su “mirada” particular, que la diferencia de otras. El objetivo de la sociología debe ser entonces la formulación y la explicitación creciente de la mirada que la constituye como tal, es decir, el establecimiento de sus “conceptos” e “índices” correspondientes –aunque en un sentido no representacionalista–. En una especie de círculo virtuoso, su formulación explícita podría utilizarse de manera más inmediata en la observación empírica, a la vez que podría nutrirse de ella también de forma más directa. Esto volvería a la teoría más “comprensiva” o abarcativa, a la vez que más “diferenciada” internamente o más específica (pp. 1411-1412).

Para Shils, la particularidad de la mirada sociológica se conforma en primer lugar por un “interés por la abstracción”, que lleva a concebir eventos concretos como instancias, variantes o componentes de “clases” o subclases de eventos en general. Se trata de una tendencia a aducir afirmaciones generales para explicar fenómenos específicos o recurrentes, y simultáneamente, a “citar” a estos últimos como “ilustrativos” de las “proposiciones generales”. En segundo lugar, la sociología contiene una “inclinación contemplativa” o “apreciativa”: un “gusto” por la contemplación de “entidades colectivas”. La noción

---

Swanson, Parsons y Shils no pretenden realmente elaborar una teoría tanto como “probar la utilidad de ciertas asunciones” que podrían funcionar como “bases” para el desarrollo de una teoría, es decir que su objetivo no es tanto el sistema categorial cuanto el marco referencial (Swanson, 1953).

15 El concepto de “teorización”, como proceso distinto al producto “teoría”, es tratado extensamente en el capítulo de Trovero en este mismo volumen.

de “tipo-ideal”, típica de la sociología, es en gran parte un producto de esta inclinación, en tanto supone la construcción de una “imagen total” de algún fenómeno o proceso más o menos históricamente situado. De aquí a la “generalización abstracta” hay pocos pasos, pues en ambos casos –tipo ideal y generalización abstracta– se trata de proposiciones relativamente separadas de su experiencia individual (pp. 1415-1416).

Dentro de la teoría sociológica, existen varios momentos de distinto nivel de alcance, “intermedio” o general, pero todos ellos comparten la aspiración de alcanzar una mirada coherente de la “naturaleza humana”, del “significado” de la sociedad otorgado a ella por el ser humano, y de las exigencias y “transformaciones” impuestas y posibles por la coexistencia humana en sociedad (p. 1418). Respecto del debate entre teorías generales y teorías de alcance intermedio, Shils realiza en “Tradición, ecología e institución en la historia de la sociología” de 1970 un balance de los beneficios y perjuicios de cada una de ellas a partir del análisis de las teorías de Parsons y de Robert Merton (2003), representantes de ambas respectivamente. El resultado del balance es que las teorías generales como la parsoniana poseen, por su pretensión sistemática y por su “compromiso *weltanschauliche*” (referido a una cosmovisión o “visión del mundo”) o ideológico, una mirada más profunda de la sociedad, lo que explica su mayor abstracción, mientras que las teorías de alcance intermedio como la mertoniana, por pretender una menor comprensión y unicidad, son más asequibles a la hora de ser enseñadas, o aplicadas y puestas a prueba en la investigación (Shils, 1970; 1980: 219).

Cuanto más abarcativo es el alcance de la teoría, significa que más preocupada se encuentra por las potencialidades humanas y sus determinantes en una escala universal, y con ello, más se acerca a una “antropología filosófica” (Shils, 1965: 1424). Este es el ideal de Shils en lo que respecta a la teoría, y el ideal se ve justificado mediante el uso de una nueva metáfora. La experiencia humana, considera el autor, se ve beneficiada por la existencia de “mapas” de todo tipo, de los cuales la teoría sociológica es uno. Los mapas sociológicos, constructores de las “imágenes del mundo” circundante, requieren ser presentados en plural y a diversas “escalas”. La multiplicidad en el alcance de la mirada, en su abarcabilidad y en su profundidad, permite la ubicación simultánea del hombre en “locaciones intelectuales” de diverso grado, algunas más históricas y otras más transhistóricas, algunas más locales y otras más globales (p. 1429). Para que la teoría sociológica pueda de verdad constituir un conjunto de mapas de la sociedad humana, es requisito previo la “clarificación” de su vocabulario conceptual. No se trata aquí, explica Shils, de una cuestión puramente estilística, pues

incluso el continuo trabajo sobre las ideas ya existentes es siempre una “reformulación” en sentido fuerte: una resignificación, una transformación de su semántica. Este trabajo de “desambiguación” es necesario porque equivale al pulido de la representación visual de los accidentes geográficos en un mapa (p. 1442).

### **LA TEORÍA COMO MARCO Y COMO EDIFICACIÓN. LA TEORÍA COMO CONCIENCIA Y COMO APERTURA**

En “La confluencia de tradiciones sociológicas”, de 1980, Shils continúa, en una línea similar, alegando en favor de la articulación de la tradición teoricista, de “raíz alemana”, y la tradición empirista, de “raíz anglosajona”.<sup>16</sup> Lo hace teniendo como trasfondo una definición propia de “tradición”, entendida como aquello que, en lugar de oponerse al cambio o la transformación, más bien es movido directamente por impulsos como la “rebelión” y la “sospecha”. En efecto, son la “desconfianza” hacia la tradición y su “desafío” los elementos que la hacen avanzar. A Shils le interesa mucho, entre otras cosas, la disolución de la tajante separación de sociólogos entre “teóricos” y “empíricos”, o entre *Sinnhuber* (“buscadores de sentido”) y *Stoffhuber* (“buscadores de material”),<sup>17</sup> especialmente cuando dicha separación toma la forma de una estratificación con un orden jerárquico, ya sea del primer grupo sobre el segundo o viceversa. Por supuesto que cierto nivel de “división del trabajo” es inevitable, dada la especialización creciente de las disciplinas, pero el autor busca volver consciente el

---

16 Algo hemos dicho ya acerca de la confluencia de estas dos tradiciones en la propuesta del propio Shils, en las notas 6 y 10 de este capítulo. Por otro lado, como muestra Phillip Altbach (1999), un punto central de articulación entre estas dos tradiciones es para Shils la universidad. La moderna universidad, en su opinión, debería continuar el modelo de la “autonomía” combinado con el de la “preocupación social”, así como el modelo de la investigación académica y rigurosa de tipo científica pero con visos filosófico-humanistas, y debería constituir una “comunidad” a la vez que estar “internamente diferenciada”. Para un tratamiento más extenso acerca de la relación entre las “semánticas” anglosajonas y alemanas, ver el capítulo de de Marinis en este mismo volumen.

17 Estos conceptos aparecían ya en los ensayos metodológicos de Weber. Los buscadores de materiales son aquellos “hambrientos por los hechos” brindados por documentos, estadísticas y encuestas, mientras que los buscadores de sentido son aquellos *connoisseurs* “alimentados por el pensamiento” (Weber, 2012: 138). De todos modos, es misteriosa la elección de los términos; sospechamos algún tipo de confusión en el ajeteo de la transcripción o traducción, primero de Weber y luego de Shils, ya que aunque *Sinn* es “sentido” y *Stoff* es “material”, *Huber* no es una palabra aceptada por ningún diccionario vigente en lengua alemana. Quizás los vocablos originales fueran *Sinnsucher* y *Stoffsucher*, dado que *Sucher* significa “buscador”. O quizás también *Huber* derive de aquella otra palabra en alemán antiguo *Hube*, que refiere a una unidad territorial o locación, y de allí su significado de “localización”.

hecho de que ambos grupos comparten una misma “misión” y los mismos “ancestros”. Los teóricos no pueden ya acusar a los empiristas por la “ceguera” con la que se supone conducen sus investigaciones; los empiristas no pueden ya acusar a los teóricos por la supuesta “trivialidad” de sus reflexiones. Pero para ello se requiere, como hemos visto, una teoría sistematizada (Shils, 1980: 136-137).

Uno de los obstáculos que encuentra el autor en el alcance de esta meta es la concepción que muchos teóricos tienen de sus producciones, que se asemejaría a la concepción que los artistas tienen de sus “obras” y que los políticos tienen de sus “logros”. Así como el artista considera cada obra suya con un “valor intrínseco”, los trabajadores teóricos de la sociología a veces tienden a buscar la “conclusividad” en sus reflexiones. Pero el cierre nunca puede ser absoluto en las cuestiones humanas, nunca se alcanza una síntesis definitiva en la que nada se omita y, por tanto, en la que nada precise ser agregado, porque la social es una materia “perpetuamente abierta”. A medio camino entre la apertura de la teoría sociológica y la conclusividad de la obra de arte, se ubica un género específico de saber sobre lo social: el ensayo. En “La legitimidad de la investigación social”, de 1980, Shils resalta que mucha de la reflexión teórica actual en la sociología adopta la forma del ensayo, herederero directo de la antigua “literatura de viaje”, por su “descripción totalizante” de una sociedad dada. La diferencia con la literatura de viaje es que el ensayo suele ocuparse de la propia sociedad del investigador, y no de una sociedad ajena (p. 495). Por otro lado, así como el político considera cada logro propio como ajustado a la “exigencia del momento”, los teóricos sociológicos pueden verse tentados de contentarse con que sus reflexiones versen únicamente sobre cuestiones de “relevancia coyuntural”. Pero la reflexión teórica, si bien por supuesto las incluye, no puede reducirse a la descripción de un estado de cosas dado, ni a la resolución de objetivos prácticos, porque, por definición misma, la teoría apela a ser algo más abstracto y general, que los trasciende (p. 139).

La importancia que reviste la cualidad de la “generalidad” atribuida a la teoría se enmarca justamente en el contexto de creciente especialización y diferenciación de la sociología –iniciado en la época en que escribía el autor y que aún sigue avanzando–. Dicho proceso lleva, como es sabido, a la profusión de “temas” y “puntos de vista”, y al aislamiento entre ellos. Por ello, el rol de una teoría general de la sociedad es el de brindar un “marco” que permita ubicar todos esos temas y puntos de vista en un mismo mapa. Solo gracias a ella pueden llegar a apreciarse las “interrelaciones” entre las distintas cuestiones sustantivas, interrelaciones tan relevantes para el análisis sociológico como el estudio de las cuestiones en sí mismas. Es por eso que Shils

considera la teoría como “fuente de orden intelectual en el medio del desorden intelectual”: ella evita la “discrecionalidad” de muchas investigaciones que versan sobre los mismos temas sin saberlo (p. 247).

Para esto es necesario terminar de deshacerse de las formas antiguas de entender el trabajo teórico en contraposición al trabajo empírico. Antiguamente, nos recuerda Shils, era considerado un teórico todo aquel que “enseñara” los “sistemas de pensamiento” preexistentes, transmitiéndolos en forma cerrada, como sistemas “con nombre propio” e inamovibles;<sup>18</sup> paralelamente, era considerado trabajo empírico el resultado de la resolución de “problemas sociales”, informes que apenas si contenían alguna reflexión “vaga”, “superficial”, “rudimentaria”, “aforística” y hecha “al pasar”. La investigación empírica requiere del uso de teoría, y la teoría debe permanecer abierta a las nuevas experiencias. Sobre todo, la teoría debe comenzar a entenderse como la proveedora de conceptos “fecundos”, “enigmáticos” y “extensibles”, en una palabra, orientadores.<sup>19</sup> Y es aquí donde Shils propone una nueva metáfora. La teoría sociológica debería funcionar como aquellas “edificaciones antiguas” en las que aún habitan las nuevas generaciones: tras ciertas modificaciones, algunas más “estructurales” y otras más “ornamentales”, y operadas en forma constante, se mantienen de todos modos los cimientos originales. La teoría va adaptándose a las nuevas experiencias y a las nuevas formas de abstraerlas, formas eminentemente históricas, pero en ella persisten ciertas tendencias profundas: ciertas preocupaciones, ciertos intereses, ciertos problemas, que no son sino las preocupaciones, los intereses y los problemas humanos (pp. 140-143).

Ahora bien, entre la pura e inmediata experiencia vital y su sistematización en una teoría, Shils señala la existencia de lo que él denomina “teoría tácita”. La teoría tácita es aquella que, más que una abstracción rudimentaria de la experiencia humana, es un conjunto difuso de ideas aprendidas a lo largo de la formación y de la práctica sociológica. La teoría tácita es aquel conjunto de ideas decantadas tras la formación sociológica transmitida por cierto tipo de textos. Shils resalta la influencia de los “tratados teóricos comprensivos”, que presentan, supuestamente y según ellos mismos, “todos” los concep-

---

18 Esta crítica a las teorías “con nombre propio” nos resulta, a pesar de otras posibles distancias, muy cercana a la crítica que luego haría Michel Foucault (1998) a la noción de “autor”, y la propuesta de su reemplazo por las “posiciones de sujeto”.

19 Esta idea es similar a la noción de “concepto sensibilizador” acuñada por Herbert Blumer, y que refiere a aquellos conceptos cualitativos –no necesariamente operacionalizados– que funcionan como “guías de orientación” del investigador, especialmente en la generación de preguntas de investigación (Blumer, 1986: 147).

tos fundamentales de la sociología, así como algunas hipótesis clave que los pongan en relación. Estos tratados, a su vez, pueden presentarse en su versión “degradada”, los “libros de texto” pensados para estudiantes, que se basan sobre todo en los ejemplos ilustrativos de los conceptos y sus relaciones. Así también, la teoría tácita deriva de aquel “tronco común” que supone el estudio de los autores “clásicos” de la tradición sociológica (Shils, 1970; 1980: 244 y 252).

La teoría tácita no es ni un emergente empírico ni una articulación sistemática, es un saber que no se pone a prueba en la investigación, sino que simplemente se aprende, repite y aplica en la interpretación de lo observado en el mundo social, o en la justificación poco argumentada de una interpretación sobre otra. Este proceso se da siempre de manera muy poco consciente, por carecer de una teoría articulada y adecuada a lo investigado, o bien, en el caso de que exista, por renegar de ella y pretender investigar de un modo “libre de pre-conceptos”. La teoría tácita, que aparece inevitablemente ante el vacío de teoría sistemática, conduce a la “arbitrariedad” en el análisis: en la construcción de las categorías, de los indicadores, y de las relaciones entre cada uno de ellos. La arbitrariedad, entendida en este sentido particular, puede evitarse mediante la construcción de problemas de investigación “teóricamente significativos” –por contraposición a la de temas “interesantes”, especialmente en función de una mirada de sentido común–.<sup>20</sup> Hay que destacar aquí varios elementos: los problemas de investigación se construyen, no vienen dados ni se descubren; pero además, deben construirse en función de la orientación general de la sociología, de su mirada, y en contra de la mirada dominante en la vida cotidiana (pp. 144-145).

Algo similar a la reducción inconsciente a la teoría tácita ocurre, según Shils, cuando los sociólogos buscan crear teorías propias sin tener en cuenta de manera sistemática las “tradiciones” de pensamiento heredadas y asimiladas de distintos modos en la teoría general preexistente.<sup>21</sup> Esta última se infiltrará, al modo de la “teoría

---

20 Consideramos que existe una afinidad entre este planteo y el de Pierre Bourdieu cuando afirma que toda investigación debe llevarse a cabo en función de una “problemática teórica” previamente construida por el investigador, que en el mismo movimiento construye también su “objeto” de estudio, y que busca romper con las “divisiones del mundo” heredadas del sentido común (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 2008: 60).

21 Para ver el modo en que distintas tradiciones confluyen en las teorías sociológicas del más diverso cuño, ver los capítulos de Bialakowsky y Blanco, de Marinis y Trovero en este mismo volumen. En el primer capítulo, las tradiciones aparecen al modo de “estilos de trabajo”; en el segundo, al modo de “semánticas”; en el tercero, al modo de “influencias epistemológicas”.

tácita”, en el proceso de creación aunque el sociólogo en cuestión no lo desee, no lo busque, o no sea consciente de ello. A pesar de todos estos señalamientos y precauciones, el autor considera necesario no caer en el idealismo. Ninguna teoría puede llegar a prever punto por punto su propia “originalidad”: esta originalidad viene dada por la infinita variedad y contingencia de la experiencia vital. Además de la originalidad de la experiencia, en “La tradición y las generaciones” de 1983, Shils ubica a las “jóvenes generaciones” de investigadores en el rol del “antitradicionalismo”: en su opinión, es necesaria la dosis de “bohemia” –y con ello, de originalidad– que ellas aportan a la sociología (Shils, 1983: 34).

Por otro lado, es imposible deshacerse por completo de la cantidad de saberes más o menos borrosos con los que cuenta todo investigador en tanto miembro de su sociedad. Tanto la “teoría tácita” como el saber difuso propio de la vida social generan una “atmósfera” en la cual todo sociólogo se encuentra sumergido. Otro riesgo señalado por Shils tiene que ver con la “deriva tecnicista” de ciertas metodologías de trabajo. La sofisticación de las técnicas de recolección y procesamiento de datos, y su utilización ingenua, lleva a considerar superflua la reflexión teórica, y a creer que todo puede resolverse por medio de la tecnología, puesto que esta es siempre más “precisa” en un sentido matemático (Shils, 1980: 148-150). Además, resalta Shils en “Aprendizaje y liberalismo”, de 1980, la preocupación excesiva por la sofisticación técnica lleva a “olvidar” el “problema social” (p. 320). Para no caer en la especialización, la diferenciación, el aislamiento y el tecnicismo excesivos, es preciso profundizar la tendencia de la sociología a abrirse a nuevos saberes en contexto de creciente globalización. Así como teorizar permite captar las interrelaciones entre los distintos temas de investigación, también permite articular los aportes de los sociólogos en las distintas partes del mundo.<sup>22</sup>

Cabe preguntarse por la razón de la profusión y variedad en los temas de investigación, así como por la razón detrás del cambio teórico que fluctúa de un tema a otro. Shils sugiere que el pasaje del énfasis de un tema teórico a otro en la tradición de la sociología responde a una combinación de tres factores: a) a los cambios propiamente intelectuales, b) a los cambios institucionales, y c) a los cambios exógenos, propios del contexto social más amplio (Shils, 1970; 1980: 240). Este “ensanchamiento del horizonte” sociológico, posibilitado por la globalización de la sociología, torna a esta última más consciente de las afinidades entre miradas locales, y ayuda a desplegar la “curiosi-

---

22 Para una problematización de la noción de “contexto”, ver los capítulos de Grondona y de Marinis en este mismo volumen.

dad intelectual” y la “simpatía moral”. El resultado, augura Shils, podría ser una sociología que no esté “confinada” a sus particularismos de origen, que pueda comprender, en el sentido fuerte de la palabra, la “amplia variedad de posibilidades humanas ofrecidas por la historia”. Solo una teoría sociológica de este cuño sería una teoría verdaderamente “comprensiva” (pp. 157, 161 y 164).<sup>23</sup>

### **LA TEORÍA COMO HUMANISMO Y COMO SENSIBILIDAD. LA TEORÍA COMO CUERPO Y COMO DINÁMICA**

Shils, por la época en la que escribe, aún utiliza el lenguaje de la cientificidad. A decir verdad, el carácter científico de la sociología es una cuestión ambivalente en Shils. En algunos lugares, el autor habla más bien de la sociología como producto del “movimiento cognitivo” introducido por la modernidad. Dicho movimiento cognitivo puede apreciarse, por un lado, en la esfera propiamente científica, constituida por la “curiosidad y la imaginación disciplinadas” por las tradiciones, las teorías y las técnicas de observación y análisis. Por otro lado, el movimiento cognitivo puede apreciarse en la “esfera pública”, o mejor dicho en el carácter público –y por ello “político”– de la ciencia. Aquí se ubica la idea del “progreso humano” entendido como la adquisición de un saber “secular” en función del cual y en armonía con el cual se reorganiza la sociedad (Shils, 1980: 465-468).<sup>24</sup>

En todo caso, la sociología es científica en la medida en que su teoría es sistemática, en el sentido arriba descrito, es decir, en la medida en que se encuentra lo suficientemente clarificada y articulada como para poder guiar la investigación empírica, y como para ser a su vez ampliada y/o profundizada por los resultados de esta. En sus propias palabras, la teoría sociológica es científica cuando se encuentra “íntima, dialéctica y sistemáticamente relacionada con sus observaciones” (Shils, 1965: 1412). Pero como hemos visto, la cientificidad de la sociología es, en última instancia, un ideal inalcanzable y que funciona sobre todo como orientación. La sociología nunca podrá ser científica en el sentido en que pueden serlo las ciencias que se ocupan de cuestiones extrahumanas, o las que se ocupan de las dimensiones físicas o biológicas del hombre. Y esto, explica el autor, tiene que ver

---

23 Aquí puede verse la influencia del “método comprensivista” weberiano en la propuesta shilseana. Por otro lado, acerca del clásico dilema entre “universalismo y particularismo” en la producción de conocimiento, y en especial, atento a la relación entre “norte y sur”, con foco en América Latina, ver el capítulo de Álvarez Ruiz en este mismo volumen.

24 Para el caso específico de la sociología y su historia disciplinar dentro del movimiento cognitivo, ver Shils, 1971.

con tres rasgos inherentes a la sociología: el conjunto de tradiciones de pensamiento de las que es heredera, la orientación general o mirada específica que ella supone, y la naturaleza misma de su empresa: su preocupación por lo “humano” en un sentido profundo, es decir, como contrario a lo “tecnológico o manipulativo” (p. 1419) –sobre estos puntos volveremos más adelante–.

Es que la sociología, afirma Shils, se encuentra “indisolublemente atada” a las disciplinas humanísticas en su conjunto, es una más entre ellas. El nudo que las ata es doble: ellas comparten un mismo objeto de estudio –la dimensión humana del hombre–, pero también una misma valoración sobre ese objeto –la apreciación positiva de la humanidad del hombre–. De aquí deriva la crítica del autor al “parroquialismo defensivo”, que supo caracterizar la sociología en ciertos momentos de su historia, que pudo haberse justificado en la búsqueda de un lugar institucional propio, pero que en el fondo carece de sentido (p. 1417).<sup>25</sup>

Como hemos esbozado apenas, la sociología es una creación a partir de una confluencia de las más diversas tradiciones de “pensamiento occidental”. Todas esas tradiciones –concepto al cual el autor le dedicó un libro entero y homónimo– se combinan de manera variable dando lugar a aquella orientación fundamental que le da a la sociología su identidad –borrosa, pero indefectiblemente “humanista”– (Shils, 1981).<sup>26</sup> La sociología es humanista porque pretende comprender lo que el ser humano es y lo que hace en categorías que den cuenta de su “humanidad”, que Shils define como: “su capacidad de orientación cognitiva, de acción racional, de interrelación afectiva, de

---

25 Para otros argumentos que defienden una idea similar de borramiento de las fronteras entre la sociología y otras disciplinas, ver los capítulos de Alvaro y Bialakowsky y Blanco en este mismo volumen. El primero traza puentes entre sociología y filosofía a partir de la práctica de la deconstrucción, y el segundo, principalmente entre sociología y psicología social.

26 Según Struan Jacobs, la noción de tradición que maneja Shils en dicho libro (1981) es en sí misma una confluencia “multifacética” de tradiciones, y preocupada sobre todo por la construcción de tipologías (Jacobs, 2007). Para Mark Oromaner, la relevancia principal de *Tradición* es ayudar a quebrar la “dicotomía sociedad tradicional / sociedad moderna” y sus distintas variantes, al señalar las distintas instituciones modernas en las que persiste un “aprecio por lo pasado” (Oromaner, 1983). En opinión de Joseph Varacalli, el énfasis puesto por Shils en el rol propiamente moderno de la tradición permite ver el papel que esta tiene incluso en el pensamiento y la acción “creativa”, en los cuales funciona como “fondo” (Varacalli, 1982). Maynard Adams, por su parte, considera que el libro es una empresa orientada a contrarrestar la tendencia generalizada a concebir la contracara de la tradición, la “racionalidad”, en el sentido restringido de “conocimiento empírico” (Adams, 1983). Por todas estas razones, vemos un movimiento similar al que realiza Anthony Giddens en su estudio de la “modernidad tradicional” (Giddens, 1993).

expresión estética, de decisión moral”.<sup>27</sup> Estos fenómenos son, evidentemente, imprecisos en su naturaleza y en sus límites, y el hecho de que la teoría sociológica pretenda captarlos de forma precisa explica la paradoja de su constante reinventarse. La “sensibilidad comprensiva” de la sociología como preocupación y como mirada es la fuente y a la vez el producto de su elemento teórico, de sus categorías apreciativas. Así, el autor llega a afirmar que el análisis sociológico es un “acto de comunión” entre el objeto de estudio (sujeto en sí mismo) y el sujeto estudiante. Pero este acto de comunión requiere que el proceso de “definiciones y clasificaciones” típico de la reflexión teórica sea concebido, precisamente, como proceso, como una “dinámica” teorizadora y no como un conjunto estático de compartimentos.

De todos modos, Shils llama a mantener la pretensión de “unificación en torno a ciertos problemas y conceptos fundamentales”, es decir, la concepción metafórica de la teoría como un “cuerpo coherente de pensamiento” –pero un cuerpo en movimiento, como por otra parte lo es todo cuerpo vivo– (Shils, 1965: 1406, 1411 y 1417).<sup>28</sup> En otros lados, Shils utiliza palabras similares, en especial la frase “cuerpo de conocimiento”, para definir la teoría sociológica (Shils, 1970; 1980: 172). Efectivamente, afirma allí, “la teoría es reconocida como tal por la presencia de aquellas ‘palabras clave’ en toda su simpleza y su grandeza”. El uso de dichas palabras clave en las investigaciones empíricas es lo que se denomina “interpretación”. La teoría nunca es “superflua”, incluso si no ha sido “comprobada” en la investigación; su productividad radica en “volver inteligibles”, “otorgarles sentido” e “iluminar” los diversos asuntos humanos y las asociaciones entre ellos. Para ello, sin embargo, son esenciales el “buen juicio” y el “aprendizaje” constante (Shils, 1970; 1980: 255).

La cuestión de la unificación teórica es bastante relevante, dado que empalma con la idea de una teoría sistemática, articulada o “coherente”. Se trata sin embargo de una unidad que no contradice la pluralidad interna derivada de la multiplicidad de tradiciones. Hay que tomar esa “dispersión de proposiciones brillantes” heredadas de

---

27 Esta es la legitimación que Shils encuentra para su adscripción a la teoría de la acción de Parsons, específicamente en su variante “trisistémica”, la cual se funda en las categorías “humanistas” de “personalidad”, “cultura” y “sociedad” (Parsons y Shils, 1962).

28 Esta noción de unificación teórica es compartida por otros muchos autores. Citaremos aquí solamente a Mannheim (1936), por haber sido inspiración para Shils, con su propuesta de una “síntesis reconstructiva”, método que tiene la sociología para superar la mera profusión de “exégesis” aisladas, combinándolas en una mirada “holista” y de “totalidad”, lo que además le permitiría tender puentes con la “intervención” en la esfera pública.

las distintas etapas de la sociología, hoy clásicas, y combinarlas en una mirada singular (p. 1410). Pero no hay que perder de vista que las proposiciones clásicas o fundacionales de la sociología son, dice Shils, “demasiado” propias del contexto histórico de la segunda mitad del siglo XIX europeo –y con adendas del siglo XX en la misma Europa y luego en Estados Unidos–. Este hecho, que el autor denomina “ecológico”, de la constitución misma de la sociología, permite iluminar las “grandes tendencias” de la sociedad moderna y contemporánea –dado que es en esos tiempos y en esos lugares que se gestó una parte relevante de la forma actual de la sociedad, y que esta se ve crecientemente globalizada–.

En *Centro y periferia*, de 1974, Shils realiza un análisis “ecológico” de la producción y circulación de saberes. El autor señala que “centro” y “periferia” son categorías geométricas y geográficas, y en ese sentido operan nada más –y nada menos– que como metáforas que permiten graficar los modos en que los saberes –en este caso, sociológicos– emergen en el “centro simbólico” de la sociedad. El centro de la sociedad es tal pues allí confluyen las élites que crean los valores y las creencias dominantes así como las instituciones encargadas de su difusión. En las periferias, a su vez, toman forma distintos niveles de aceptación, modificación y rechazo del sistema valorativo central (Shils, 1961a; 1975). Pero el único modo de que la representación teórica de esas grandes tendencias sea la representación teórica del total de la sociedad humana actual es que la globalización de esa forma particular de sociedad sea también total –podríamos decir, que la modernización y occidentalización del mundo sea un hecho consumado, y no solo una tendencia, por otra parte, siempre ambigua y compleja– (Shils, 1965: 1424).

Dado que la realidad es siempre más compleja, Shils encuentra en este punto una “falta” de la sociología, en su corriente “hipostación” de la situación particular de la sociedad moderna occidental, en su “sobregeneralización” de sus especificidades espacio-temporales.<sup>29</sup> Encontramos aquí un punto de sostén para una verdadera autocrítica tanto de las modernidades como de las teorías sociológicas producidas en los “centros simbólicos” del mundo, así como de su apertura y del señalamiento de la necesidad de complementación con las modernidades y las teorías sociológicas producidas en las diversas “peri-

---

29 Para un tratamiento más extenso del problema ecológico de la producción intelectual, ver los capítulos de Álvarez Ruiz, de Marinis y Bialakowsky y Blanco en este mismo volumen. En el primer capítulo, se despliega el dilema entre universalismo y localismo; en el segundo, el de las traducciones entre ámbitos culturales diversos; y en el tercero, se delinea la posibilidad del abordaje simultáneo entre distintos espacios de producción.

ferias ecológicas” (Shils, 1981). Sin embargo, una vez constatado este hecho, sigue considerando válida una teoría sociológica general, a la que también denomina “macrosociología”, puesto que, en su opinión, solo a través de la aplicación de conceptos generales puede percibirse, comprenderse y analizarse la especificidad y la unicidad de los distintos tipos de sociedades. En sus propias palabras, “la aserción misma de la unicidad presupone categorías generales de comparación” (Shils, 1965: 1442-1443; 1976c; 1976d).

Además del problema que podríamos titular de lo local y lo global, emerge aquí otro muy cercano sobre lo histórico y lo transhistórico. Shils marca la carencia, en la teoría sociológica de su época, de un adecuado y consciente estudio del “cambio”. Si bien este vacío ha sido llenado luego del momento en el que él escribe, por los intentos de muchísimos pensadores posteriores –e incluso algunos contemporáneos–, vale la pena resaltar el lugar que el autor da al análisis de los “pasajes” de un tipo de sociedad a otro a lo largo del tiempo. También en este campo se le atribuye utilidad a la construcción de tipologías generales bien diferenciadas, que permitan explicar el porqué de una determinada secuencia de cambios, de entre las múltiples alternativas posibles en principio (Shils, 1965: 1443-1444).

Y una vez más, es necesario pensar en distintos alcances y escalas simultáneos: es tan necesaria una tipología de las variantes sociales históricamente dadas como un conjunto de proposiciones más generales sobre las capacidades y necesidades humanas que han permanecido a lo largo de distintos períodos históricos. Una teoría sociológica compuesta a varias escalas y alcances, tanto temporales como espaciales, sería lo suficientemente flexible como para poder integrar toda información emergente o novedosa –ya provenga esta del pasado o del futuro, del seno de la propia sociedad o de alguna otra–, a la vez que lo suficientemente abarcativa como para captar las “determinantes fundamentales” que, hasta el momento y según nuestros conocimientos, han atravesado las distintas formas de la humanidad (p. 1446).

### **LA TEORÍA COMO RECONOCIMIENTO Y COMO CRÍTICA. LA TEORÍA COMO ILUMINACIÓN Y COMO AUTOCOMPRENSIÓN**

De acuerdo con lo establecido por Shils en *La ética académica*, de 1982, la sociología, en cuanto constructora de imágenes sobre la acción humana, tiene enormes implicancias éticas –y por ello políticas–. Allí, define dicha ética como el “ideal humboldtiano de unión entre investigación y enseñanza”, ideal cuyo objetivo máximo es la búsqueda y la transmisión de “saberes fundamentales”, y que requiere de una “libertad” tanto positiva como negativa para realizarse de forma cabal (Shils, 1984). Por su parte, en otro trabajo, Shils especifica las

relaciones entre la ciencia y la ética tal como fueron dispuestas por el naciente paradigma moderno de las ciencias sociales en los siglos XVIII y XIX. A diferencia del paradigma “clásico” propio de la filosofía antigua y de la teología medieval, en el paradigma moderno el interés por el “ser” y por el “deber ser”, aunque vayan acompañados, no se implican mutuamente. Se trata de la conocida distinción, a pesar de su permanente vínculo, entre juicio de hecho y juicio de valor (Shils, 1976a; 1980: 366).<sup>30</sup>

La existencia del ser humano en cuanto ente racional y moral es de un orden cualitativamente diferente al de su existencia en cuanto ente físico y biológico. Ahora bien, la percepción de esas cualidades humanas solo es posible mediante el uso de nuestras propias capacidades racionales y morales. De hecho, su percepción solo se habilita mediante el reconocimiento previo de una “afinidad fundamental” entre los hombres estudiados y los estudiosos. De este hecho se deriva un reconocimiento por parte de la mirada sociológica de la afinidad entre los hombres y su construcción por antonomasia: la sociedad.<sup>31</sup> Pero no es menos cierto que las tradiciones constituyentes de la sociología, a la vez que “ensalzan” a la sociedad, son fuertemente “críticas” de ella, en sus diferentes formas. De algún modo, lo que se reconoce es la necesidad que tiene el ser humano de cierto orden social, a la vez que lo que se critica son las diversas formas concretas que ese orden social adoptó en sucesivos momentos históricos.<sup>32</sup>

Ambos reconocimientos son necesarios en la teoría sociológica en la que está pensando el autor: una teoría que únicamente critique a la sociedad de su época sin reconocer su costado positivo es, en su opinión, una teoría “alienada”.<sup>33</sup> La crítica a la que apela Shils es, en

---

30 Probablemente Shils se nutre aquí de la distinción que ya era usada por Weber (2012), quien a su vez se había apoyado para construirla en los trabajos de Wilhelm Dilthey (1949) y Heinrich Rickert (1968), que hablaban de “ciencias del espíritu” y “ciencias naturales”, o bien, de “ciencias nomotéticas” y “ciencias históricas” o “ideográficas”.

31 Consideramos que este tratamiento del concepto de “reconocimiento” constituye un interesante antecedente de su posterior sistematización por parte de la teoría crítica de Axel Honneth (2007), quien también ató el estudio filosófico-social del mundo, al rastreo de sus “patologías” morales, y a la reflexión sobre formas de vida superadoras.

32 Para otras declinaciones del rol crítico de la sociología, ver los capítulos de Álvarez Ruiz, Haidar, Alvaro y Sasín en este mismo volumen. El capítulo de Álvarez Ruiz refiere a las teorías críticas del “Sur”; el de Haidar, a la crítica de las temporalidades naturalizadas; el de Alvaro, a la crítica deconstructiva de textos; y el de Sasín, a la crítica como objeto y como autorreferencia de la comunicación teórico-sociológica.

33 Shils deja entrever, en varios momentos a lo largo de su obra, que aquí está pensando sobre todo en las distintas variantes del marxismo en la sociología. Su opinión

sus palabras, una crítica de gran escala pero internamente diferenciada, que permita la “localización del yo en la propia época y sociedad”. La crítica debe ser siempre particularizada y concreta, para no derivar en una mera “desesperanza severa sobre la condición humana”, al asumir el rol del *laudator temporis acti*, de aquel que en el fondo solo añora los tiempos pasados. Su particularidad y concreción refiere sobre todo a la referencialidad específica de sus conceptos clave –este es el rol principal de las “teorías de alcance intermedio”, todo lo cual acerca a la sociología, como veremos más adelante, a la “opinión pública” (Shils, 1965: 1421-1424; Shils, 1984).<sup>34</sup>

Comienza aquí a emerger el problema de la relación entre el saber sociológico y las diversas instancias de poder. Shils es claro a la hora de distinguir entre a) el “mecenazgo” de la ciencia social por parte de los legisladores, b) la “intromisión” de los legisladores en la ciencia social, y c) la “incorporación” de los resultados de la ciencia social en los actos de legislación. En “Ciencia social y política social”, de 1977, el autor apunta, por un lado, cierta inevitabilidad de que las instancias de poder financien a las ciencias sociales. Por otro lado, remarca que la intromisión no está implicada en el financiamiento, o mejor dicho, el financiamiento conduce a investigar ciertos temas y no otros, pero no a interpretar los resultados de la investigación de modo sesgado. Por último, subraya que el hecho de que dichos resultados reingresen en la opinión pública, y de allí en la legislación, es un hecho positivo (Shils, 1942; 1980: 282-283).<sup>35</sup>

Por otro lado, como mencionamos anteriormente, Shils desprecia la idea de la aplicación tecnológica de la teoría. Llega a referirse a la “monstruosidad moral” que implicaría la transformación de la sociología en una “herramienta para tecnócratas” (Shils, 1965: 1421). La parte crítica de la orientación general de la sociología conduce a que esta mantenga relaciones “tirantes” o tensionadas con los “sectores creyentes” de la sociedad –creyentes de todo tipo, por ejemplo creyentes de cualquier ideología política–, así como con aquellos que “disfrutan de la autoridad”. Si la teoría sociológica alguna vez llegara a “parecerse demasiado” al conjunto de las “creencias” de los hombres

---

del marxismo es que se trata de una más de las numerosas tradiciones que confluyen legítimamente en la teoría sociológica, pero que solo puede constituir una teoría en sí misma en la medida en que construya una visión positiva de la sociedad, junto con la visión crítica.

34 En opinión de Harold Johnson, sin embargo, el énfasis en un ideal lleva precisamente a un juicio “poco realista” sobre la situación concreta de las universidades modernas (Johnson, 1986).

35 Al respecto, ver también Shils, 1976a; 1980: 389.

de la sociedad en la que la sociología prospera, afirma categóricamente Shils, entonces ella dejaría de tener sentido. Es que la “distancia” y la “desconfianza” respecto de las creencias, las instituciones que las sostienen, y las autoridades que hablan en su nombre, son elementos clave de la teoría sociológica. En última instancia, la distancia y la desconfianza respecto de la autoridad es distancia y desconfianza respecto de la religión, ya que toda forma de autoridad es “en el fondo, aunque no del todo, un fenómeno religioso”.

La relación entre la teoría sociológica y la religión es compleja, como muestra Shils. Por un lado, en tanto nació con pretensión científica, la sociología buscó siempre construir conocimiento “secular” –empírico o teórico–, en contraposición al saber religioso. Sin embargo, vimos más arriba que el procedimiento del “descubrimiento” sociológico se asemeja al de la “revelación” teológica. Por otro lado, el saber sociológico se considera “bueno en sí mismo”, así como se considera positiva su utilización consciente en el accionar humano, y esto también es similar a la concepción tradicional del saber religioso. Justamente, ambas esferas de saber consideran que su conocimiento es la fuente de una “vida moral correcta” (Shils, 1980: 465-466). Shils afirma que existe así un “hueco” entre la teoría sociológica y la creencia, sea esta teológica, política, o tradicional en cualquiera de sus sentidos, un hueco inevitablemente “infranqueable”. Esta tensión y esta desconfianza, entonces, son los “límites externos” de la extensión de la teoría sociológica hacia la sociedad, y de su incorporación en ella (Shils, 1965: 1425-1426; Shils, 1976b).

Una consecuencia práctica de esta sospecha generalizada hacia las instancias de poder y de decisión pública es que ciertos sociólogos sientan “resquemor” hacia el uso de sus estudios para el “mejoramiento” de la sociedad a través de la política pública. Por suerte, atestigua Shils, esto no es así en todos los casos (Shils, 1965: 1434). Es que la sociología no se reduce a ser una “empresa cognitiva”: es también una relación entre seres humanos que viven en sociedad. Y esa cualidad relacional no es exclusiva del “procedimiento” de la investigación sociológica, sino que también es propia de los “resultados” de la investigación. La “comunicación” de los resultados de la investigación sociológica es fundamental, es una acción que “afectará la opinión pública”, y, por ello, movilizará otras acciones. En palabras del propio autor, “la sociología no es solo una ciencia; es al mismo tiempo una retórica, dirigida a una situación abierta”. Y es tan “retórico” el informe de una indagación empírica concreta como el más abstracto de los tratados teóricos (pp. 1413-1414). En paralelo, en “Ciencia social y política social”, Shils augura que, algún día, por intermedio del reingreso de los resultados de la investigación social en la opinión pública,

las instancias de poder utilicen ese conocimiento en la construcción de la política pública, del mismo modo que en la actualidad aprecian y utilizan los resultados de las “encuestas de opinión” derivadas del *marketing* (Shils, 1942; 1980: 284).

Para el autor, la función de la teoría sociológica es triple y resulta indisoluble de la sociedad en la que se produce. En primer lugar, se trata de “enriquecer el elemento empático de la opinión pública”; en segundo lugar, de “proveer conocimiento sobre el yo y los otros”; y, en tercer lugar, la teoría sociológica debe “unir al yo con los otros a través de una mejor apreciación de los hilos que los atan”. Unir empáticamente a los hombres entre sí no debe confundirse, afirma Shils en “Investigación social y autonomía de la esfera privada”, de 1957, con la intrusión de la ciencia social en la “esfera privada” de los hombres. El “privilegio de la intrusión” solo se le permite a otras disciplinas, como la ciencia médica o la religión –y podríamos agregar el psicoanálisis–, puesto que su “contribución al bienestar” de los hombres es, para los hombres mismos, mucho más palpable. A la sociología, en cambio, se la obliga a mantenerse “circumspecta” (Shils, 1957; 1980: 433). Dado que la sociología se construye sobre la opinión de los hombres que conforman la sociedad, es su misión retornar a la opinión.<sup>36</sup>

Según un estudio realizado por Shils, el saber de las ciencias sociales es, en general, “bien visto” por la opinión pública extraacadémica. En cuanto a la especificidad de la teoría sociológica, esta es respetada, a pesar de sus “logros poco prácticos”, siempre que se mantenga “dentro de su propia esfera” de erudición. Al autor, por supuesto, le gustaría que esto último se modificara, ampliándose su legitimidad y disminuyendo el señalamiento de su supuesta inutilidad (Shils, 1980: 353). En definitiva, el “llamado” o la misión de la sociología es la “iluminación” de la opinión pública (Shils, 1965: 1440-1441; 1977). En este sentido, afirma, “toda ciencia social es potencialmente relevante para la política pública, por más empírica o teórica que ella sea” (Shils, 1942; 1980: 287).

Hay en los hombres, afirma Shils, una “necesidad de contemporaneidad”. La forma que la teoría sociológica ha encontrado de saciar esta necesidad es mediante la realización periódica de “diagnósticos de época”. El *Zeitdiagnostik*, según el autor, es aquella parte de la teoría que se construye específicamente a partir de la “preocupación mo-

---

36 Por otro lado, esta concepción de la teoría sociológica como opinión acerca de la opinión social, la asemeja a los planteos hermenéuticos que la definen como “observación de segundo grado”, sea en la variante fenomenológica de Alfred Schütz (2003), en la variante de la “doble hermenéutica” de Giddens (1995), o incluso en la variante de la “observación de observaciones” de “segundo orden” de Niklas Luhmann (2007).

ral”, de la “sensibilidad estética” y de la “alerta respecto al paso del tiempo”. Este costado de la teoría sociológica no puede diluirse por más que aspire también en otra escala a una abstracción y a una generalidad mayores: dejar ese costado de lado sería, en opinión del autor, una “verdadera pérdida para nuestra vida cultural”. Es que el diagnóstico de época es el medio por el cual la teoría sociológica critica a la sociedad de la cual es contemporánea, a la vez que el medio por el cual se mantiene en “contacto” con ella (Shils, 1965: 1429).

En este sentido, entonces, vemos que la teoría es una “autointerpretación”, pues incluye en su propio acervo de saber la información sobre el acto mismo de la construcción de teoría, en el contexto de la sociedad de la que forma parte. Las categorías de la teoría sociológica no solo deben dar cuenta de la humanidad del hombre, también deben dar cuenta de la capacidad del hombre para reflexionar sobre esa humanidad. Esto, nuevamente, parte del reconocimiento de la “continuidad” entre el teórico y aquello sobre lo que teoriza. La “contraparte tecnológica” de la teoría sociológica, si es que así quiere llamársela, no debe ser la “manipulación” de otros mediante prácticas tecnocráticas, sino la iluminación del yo individual y colectivo; podríamos decir, no es el disciplinamiento, sino el autodisciplinamiento en función del sentido de afinidad antes descrito. La teoría sociológica, en conclusión, es una forma fundamental de “autoconocimiento” o “autocomprensión” colectiva y, a partir de allí, de “autotransformación” colectiva (pp. 1420-1421).

## CONCLUSIONES

Como hemos visto a lo largo de este capítulo, desde la perspectiva de Edward Shils es factible concebir el análisis sociológico como una forma de continuar, aunque en un lenguaje más contemporáneo, el esfuerzo ancestral por establecer juicios sobre las vicisitudes del hombre sobre la Tierra. La sociología irrumpe de una aspiración, en última instancia, tan profunda como la teología, aunque menos abarcativa, dado que se reduce a las vicisitudes de “este” mundo. Es inherentemente agnóstica, aunque puede llegar a rozar la escatología cuando sus diagnósticos de época toman la forma de lo que se conoce como filosofía de la historia. Por ello, debe siempre volver a recordar que, en cuanto forma moderna de saber, no puede ir más allá de la historia. Y debe recordar también que no se reduce a ese diagnóstico, sino que este es una parte de la teoría sociológica más amplia porque, a pesar de su ineludible particularismo temporal y espacial, sus aspiraciones son siempre mayores, trascendentes.<sup>37</sup>

---

37 Justamente Koselleck (2012), a quien ya hemos mencionado, así como la historia conceptual más en general, se ocupan de trazar los vínculos entre el lenguaje social y la escatología religiosa.

La sociología ha sido entendida a lo largo de su historia de tres grandes maneras: como parte de la acción y “reproducción” de las distintas instancias de poder, control y autoridad de la sociedad; como forma de la crítica a la sociedad desde un supuesto “exterior”; y como modo de posibilitar la transformación de la sociedad, en especial, sus relaciones de poder, control y autoridad, a partir de la comprensión “desde adentro” de dicha sociedad. Shils, como hemos visto, adscribe a esta última concepción, la concepción que denomina “consensualista”, a la vez que rechaza las otras dos tildándolas de “manipulativa” y “alienada” respectivamente.<sup>38</sup> El autor considera que la misión –o el llamado, como lo denomina– de la teoría sociológica es el “automejoramiento” de la sociedad, en contraposición al mejoramiento desde afuera, sea ese afuera una instancia de dominación o una de crítica externalista. Podemos apreciar entonces cómo su definición de la sociología se condice con su definición de su aspecto específicamente teórico. La sociología es una disciplina que es tanto una ciencia que sospecha como un juicio moral, un cuerpo de opiniones y una retórica performativa. La teoría sociológica, por su parte, implica un trabajo constante sobre las tradiciones heredadas, una sistematización permanente de las nuevas experiencias, y una reflexión sobre la situación del ser humano en sus determinaciones y en sus variaciones. En este sentido es que el sociólogo se encuentra, para retomar el título de otro de los libros shilseanos, “entre la tradición y la modernidad” (Shils, 1961b).

Entonces, a modo de primera conclusión, quisiéramos hacer notar que las formas en que el autor va delineando su concepción de teoría son claramente figurativas. En efecto, lo que ella fuera es mostrado a partir del señalamiento de semejanzas en los atributos, en las funciones, en las relaciones y en las formas con otros objetos, procesos, fenómenos o acciones del mundo social ya conocidos. Así, vimos que la teoría sociológica puede ser pensada a partir de: a) una *metáfora física* –la teoría como “cuerpo” en movimiento y como “dinámica”–; b) una *metáfora cartográfica* bastante cercana a la de ciertos autores contemporáneos –la teoría como “mirada” y como “mapa”–;<sup>39</sup> c) una *metáfora arquitectónica* –la teoría como “marco”, por ejemplo, de una

---

38 Respecto de la noción shilseana de “consenso”, y su posición intermedia entre el tratamiento parsoniano del “problema del orden” y las “teorías del conflicto” como las de Ralph Dahrendorf (1959) y Lewis Coser (1956), recomendamos ver Stolzman (1974).

39 Estamos pensando aquí en la noción de “operación de observación” de Luhmann (2007), y sobre todo en la noción de “punto de vista” de Bourdieu (2008) y su utilización de formas “cartográficas” para representar el “espacio” social.

ventana o de una puerta, y como cimiento de una “edificación”-; d) una *metáfora cristiana* –la figura de la “semilla” y la noción de “revelación”-; y finalmente e) una *metáfora iluminista* –la teoría entendida como “iluminación” de la opinión y como “autoconocimiento”. Todas estas metáforas resultan muy coherentes con la idea general de Shils respecto de la inevitabilidad de moverse en el magma de las tradiciones de pensamiento heredadas: la teología y el iluminismo, el humanismo y el cientificismo se combinan en su obra dando forma a estas cinco metáforas, a estas cinco formas originales de entender lo que la teoría sociológica deba ser, cómo deba hacerlo y, en nuestra opinión el punto más relevante, para qué deba hacerlo.

En segundo lugar, hay otra serie de cualificaciones que Shils le otorga al trabajo teórico en la modalidad que defiende, que aunque no llegan a ser metáforas propiamente dichas, porque no constituyen imágenes, sí que pueden ser la base de una perspectiva unificada a partir de su combinación. Así, la teoría se caracterizaría por ser a) “abierta”, b) “consciente”, c) “empática” y d) “crítica”. Primeramente, habría que hacer notar que estas cuatro adjetivaciones conforman distintos *pares conceptuales antagónicos*: si la autoconciencia, unida a la autoiluminación, la autocomprensión y el autoconocimiento, presenta un vector que apunta “hacia adentro” –del propio individuo, del propio pequeño grupo, o de la propia sociedad–, la apertura, por otro lado, entendida como dinámica y metamorfosis, apunta su vector “hacia afuera” –hacia la otredad temporal o espacial, hacia otras ecologías individuales o colectivas, hacia la modificación de la tradición–. Del mismo modo, si la empatía, en cuanto rasgo humano basado en una sensibilidad que resalta la afinidad fundamental entre todos los seres y permite el reconocimiento intersubjetivo, constituye un vector que podríamos llamar *constructivo*, unificador, creador y fortalecedor del lazo social, incluso conservador de los logros de la civilización; la crítica, por su parte, al ser entendida como sospecha frente al poder o como cuestionamiento a la autoridad, constituye un vector que podríamos denominar *deconstructivo*, desafiante, incluso trascendente respecto de lo dado y lo heredado.<sup>40</sup> Pero en nuestra opinión, es al *combinar estos cuatro vectores*, estos cuatro pares antagónicos, que la teoría logra alcanzar una mirada más completa, una mirada mejor preparada para captar las complejidades y sutilezas del mundo, evitando las sobresimplificaciones, las caricaturizaciones, las linealidades que nunca son tales, y las falsas dicotomías.

---

40 Para un desarrollo detallado de la perspectiva deconstructiva en la variante derrideana, ver el capítulo de Alvaro en este mismo volumen.

Como tercera conclusión, finalmente, nos gustaría llamar la atención sobre el hecho de que entonces la teoría sociológica comparte motivaciones, imágenes y conceptos con todas las grandes áreas del quehacer humano a lo largo de la historia: por supuesto con el saber y el *hambre de conocimiento*, pero también con el arte y la *expresión estética*; con la ética y la *intervención política*; con la religión y la *trascendencia teológica*. En efecto, teoría sociológica es ciencia y sistematización, pero también es creatividad e imaginación, es comunión y misterio, es dominación y resistencia. Dicho esto, podemos ahora comprender mejor a qué nos referimos al comienzo de este capítulo, cuando sugerimos que la metodología particular de trabajo teórico, que podía derivarse de los aportes planteados por Shils, era la de una “teorización sensibilizadora”. La teorización sensibilizadora, en sociología, en las ciencias humanas más en general, o quizás en cualquier ámbito de producción de conocimiento, es aquella que es a la vez práctica y conceptual, concreta y abstracta, coyuntural y universal, localizada y trascendente, consensualista y cuestionadora, empática y crítica, comprometida y distanciada, tradicional y moderna, sistemática y ensayística. Que trabaja con conceptos, pero también se inspira en metáforas; que señala dicotomías, pero las derriba al intentar captar totalidades complejas; y que, en cuanto quehacer movilizadizo por preocupaciones humanas, busca a su vez sensibilizar a esos seres para *rastrear, proteger y resaltar “lo humano del ser humano”*.

Traer a colación una propuesta como esta tiene sentido aquí y ahora, opinamos, toda vez que tanto el elemento “teorizador” como el elemento “sensibilizador” parecen, con frecuencia, estar siendo atacados en algunos frentes. La ya conocida y creciente unión de ciencia y técnica, impulsada por los poderes económicos y políticos locales o globales, y que en especial desde la época de las guerras mundiales y de la era dorada del capitalismo se “aplican estratégicamente” a la maximización de la productividad, sea en términos de rentabilidad ganancial o de éxito bélico, hoy sigue vigente sobre todo en la forma de un neoliberalismo reforzado, de una creciente privatización de los recursos naturales cada vez más escasos, y de la manipulación de la subjetividad en un grado antes impensable gracias a las redes sociales virtuales y su intrusión en la más profunda intimidad. Esto, a su vez, se suma a la también ya conocida desigualdad material y simbólica entre regiones y grupos dominados y dominantes a lo largo del planeta. De este modo, si no se reduce al mínimo tolerable la producción de pensamiento teórico –sobre todo por su capacidad crítica y transformadora–, en pos de un ensanchamiento casi total de la “investigación aplicada y estratégica”, al menos se le pide a la teoría haber sido producida en el “centro” del mundo –o al menos allí se le dificulta menos

realizarla en términos de recursos financieros—. En este marco es que adquiere su sentido, entonces, *defender desde la “periferia” y en pleno siglo XXI la legitimidad del trabajo teórico, y de un trabajo teórico sensible, crítico y con pretensión de intervención práctica.*

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adams, E. M. (1983). Edward Shils' Tradition. En *Canadian Philosophical Review*, 3 (1): 37-39.
- Adriaansens, H. P. M. (1980). *Talcott Parsons and the conceptual dilemma*. Londres: Routledge.
- Altbach, P. G. (1999). Edward Shils and the American university. En *Society*, 36 (3): 68-73.
- Aron, R. (2011). *El opio de los intelectuales*. Barcelona: RBA.
- Blumenberg, H. (1998). *Conceptos en historias*. Madrid: Síntesis.
- Blumer, H. (1986). *Symbolic interactionism. Perspective and method*. Los Ángeles: University of California.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J. C. y Passeron, J. C. (2008). *El oficio del sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bulmer, M. (1996). Edward Shils as a sociologist. En *Minerva*, 34 (1): 7-21.
- Coser, L. A. (1956). *The functions of social conflict*. Nueva York: Free Press.
- Dahrendorf, R. (1959). *Class and class conflict in industrial society*. Stanford: Stanford University Press.
- Dilthey, W. (1949). *Introducción a las ciencias del espíritu*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Eisenstadt, S. N. (1997). Edward Shils. En *Proceedings of the American Philosophical Society*, 141 (3): 366-373.
- Foucault, M. (1998). ¿Qué es un autor?. En *Revista Litoral*, 25/26: 35-71.
- Giddens, A. (1993). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza.
- (1995). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Grosby, S. (2006). Edward Shils' Fragment of a sociological autobiography. En *Society*, 43 (5): 59-63.
- Honneth, A. (2007). *Reificación. Un estudio en la teoría del reconocimiento*. Buenos Aires: Katz.
- Jacobs, S. (2007). Edward Shils' theory of tradition. En *Philosophy of the Social Sciences*, 37 (2): 139-162.
- Johnson, H. J. (1986). Edward Shils' The academic ethic. En *Canadian Philosophical Review*, 6 (1): 30-33.

- Koselleck, R. (2012). *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid: Trotta.
- Luhmann, N. (2007). *La sociedad de la sociedad*. México: Herder.
- Mannheim, K. (1936). *Ideology and utopia*. Nueva York: Harcourt-Brace.
- Merton, R. K. (2003). *Teoría y estructura sociales*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Oromaner, M. (1983). Edward Shils' Tradition. En *American Political Science Review*, 77 (4): 1124-1125.
- Parsons, T. y Shils, E. A. (1962) [1952]. *Toward a general theory of action. Theoretical foundations for the social sciences*. Nueva York: Universidad de Cambridge.
- Rickert, H. (1968). *The limits of concept formation in natural science*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rodríguez Medina, L. (2014). Edward Shils' Center and periphery. En *Critical Reviews on Latin American Research*, 3 (2).
- Schütz, A. (2003). *Escritos I. El problema de la realidad social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Shils, E. A. (1942). Social science and social policy. En *Philosophy of Science*, 16: 219-242.
- (1957). Social inquiry and the autonomy of the private sphere, H. D. Lasswell y D. Lerner (eds.), *The human meaning of the social sciences*. Meridian Books.
- (1961a). Centre and periphery. *The logic of personal knowledge*. Londres: Routledge.
- (1961b). *The intellectual between tradition and modernity*. Nueva York, The Hague.
- (1965) [1961]. The calling of sociology. En Parsons, T. et al. (ed.), *Theories of society. Foundations of modern sociological thought*, Macmillan, Toronto.
- (1970). Tradition, ecology, and institution in the history of sociology. En *Daedalus*, 99 (4).
- (1971). *Génesis de la sociología contemporánea*. Madrid: Seminarios y Ediciones.
- (1975). *Center and periphery. Essays in macrosociology*. Chicago: University of Chicago Press.
- (1976a). The pursuit of knowledge and the concern for the common good. En C. Frankel (ed.), *Controversies and Decisions. The social sciences and public policy*. Nueva York: Russell Sage Foundation.

- (1976b). *Los intelectuales y el poder*. Buenos Aires: Tres Tiempos.
- (1976c). *Los intelectuales en las sociedades modernas*. Buenos Aires: Tres Tiempos.
- (1976d). *Los intelectuales en los países en desarrollo*. Buenos Aires: Tres Tiempos.
- (1977). Social science as public opinion. En *Minerva*, 15.
- (1980) [1977]. *The calling of sociology, and other essays on the pursuit of learning*. Chicago: University of Chicago Press.
- (1981). *Tradition*. Chicago: University of Chicago Press.
- (1983). Tradition and the generations: on the difficulties of transmission. En *The American Scholar*, 53 (1): 27-40.
- (1984) [1982]. *The academic ethic*. Chicago, University of Chicago Press.
- Stolzman, J. D. (1974). Edward Shils on consensus: an appreciation and critique. En *British Journal of Sociology*, 25 (1): 3-14.
- Swanson, G. E. (1953). The approach to a general theory of action by Parsons and Shils. En *American Sociological Review*, 18 (2): 125-134.
- Turner, S. (2002). The significance of Shils. En *Sociological Theory*, 17 (2): 125-145.
- Varacalli, J. A. (1982). Edward Shils' Tradition. En *Sociology of Religion*, 43 (4): 391-393.
- Warner, R. S. (1966). The civil order: the sociological politics of Edward Shils. En *Berkeley Journal of Sociology*, 11: 82-97.
- Weber, M. (2012). *Collected methodological writings*. Londres: Routledge.
- Wirth, L. (1964). *The ghetto*. Chicago: University of Chicago.
- Wright Mills, C. (2003). *La imaginación sociológica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.